

El poder y el saber: una relación en la penumbra

Milagros Brezmes
Universidad de Salamanca

En nuestra sociedad, en la que parece valorarse de manera especial lo novedoso, puede pensarse que abordar los condicionantes sociales en la formación del conocimiento es un ejercicio vano, sin sentido, o al menos de poco interés. Sin embargo, si nos detenemos en las razones de esta valoración, veremos que no es casual y que responde a determinados planteamientos ideológicos sobre la construcción del conocimiento, de cómo se genera y se difunde, de forma que los problemas que subyacen lejos de haber sido superados siguen presentes, mediatizando y construyendo planteamientos concretos en la ciencia, señalando los conocimientos que son adecuados y, por tanto, adquieren una difusión rápida, y aquellos otros que se abren paso con dificultad y sólo pierden su invisibilidad gracias a la existencia de circuitos que permanecen al margen de estructuras consolidadas¹.

Podemos encontrar muchos ejemplos ilustrativos que nos indican la necesidad de seguir profundizando y desvelando los condicionantes estructurales de la ciencia. Así, no es infrecuente encontrar en los medios de comunicación noticias que si bien pueden producir cierta hilaridad en el lector no dejan de ser dramáticas por sus consecuencias, poniendo en evidencia que el conocimiento no es algo puro que surge de forma inmaculada, sino que es preciso analizarlo como un elemento sujeto a imperativos ideológicos que surge en situaciones sociales concretas.

De esta forma, no parece baladí preguntarse por qué en 1999 el Consejo de Educación del Estado de Kansas ha vuelto a prohibir en los programas escolares la teoría de la evolución de Darwin o por qué señala que frente al *Big Bang* o a la teoría de la relatividad se opone el Génesis (Rushdie, S. 1999). Tampoco parece que sea un ejercicio de dilettantismo preguntar, ante la perplejidad que nos produce, las razones por las que una investigación realizada por el University College de Londres es publicada por *The Lancet*, con la sorprendente conclusión de que no hay correlación entre los estudios de derecho y el parto por cesárea (Sampedro, J. 2000).

Bien es cierto que la propia comunidad científica, parece que avergonzada por ciertas "aportaciones", trata de reaccionar ante lo que pone claramente en evidencia que la difusión del conocimiento no siempre se produce en razón de la validez de los nuevos argumentos², si bien queda por descubrir cuáles son los elementos precisos que determinan este hecho.

Si aceptamos las afirmaciones de Castells de que actualmente el poder se articula y adquiere cuerpo a través de la imposición de códigos de información, en cuya difusión tienen un papel preponderante los medios de comunicación, deberíamos preguntarnos si el continuo bombardeo al que hemos sido sometidos últimamente sobre el avance en la investigación genética se debe al indudable, riguroso e importantísimo desarrollo de ésta o, además,

1 Naturalmente dentro de la ciencia las posibilidades de que determinadas aportaciones permanezcan en zona de penumbra no son iguales para todas las disciplinas, siendo especialmente sensibles a esta posibilidad las denominadas Ciencias Sociales.

2 Muestra de ello es que en la reunión de la Asociación Americana para el Avance de la Ciencia (AASS) se permite a la universidad de Harvard que organice la concesión de los premios "Ig Nobel" (innoble, ignominioso).

existen otras razones que permiten comprender su presentación en total mezcolanza con conclusiones de calado social cualitativamente distinto, cuyo rigor es al menos discutible³ y que se han puesto claramente en entredicho con la presentación del mapa genético humano y la afirmación de la importancia del medio en la configuración del individuo. Creo que para la comprensión de muchas de estas cuestiones es especialmente útil el concepto de violencia simbólica desarrollado por Pierre Bourdieu y de cómo a través de ella en algunos casos se llega a presentar lo que son construcciones sociales como fenómenos naturales, y por tanto indiscutibles. El ejercicio de la violencia simbólica precisa inicialmente de un discurso ideológico que la justifique, la racionalice, para finalmente aceptarse, "internalizada", de tal manera que se convierte en natural lo que es eminentemente social. Las consecuencias de explicar, por ejemplo, las características y capacidades humanas basándose fundamentalmente, si no exclusivamente, en condiciones hereditarias tienen un alcance social tan amplio y evidente que no creo necesario detenerme en ello.

El complejo entramado que constituye hoy la ciencia y, en sentido más amplio, el conocimiento, nos da la idea de la crisis por la que atraviesa la cultura moderna, crisis que en algunos casos se vive como una pérdida de identidad colectiva, como una sensación de confusión por la aparente caren-

cia de referentes históricos y por la percepción de ausencia e inviabilidad de cualquier alternativa⁴. En este contexto adquieren fuerza planteamientos que se presentan como nuevos, pero que recogen trayectorias de corrientes anteriores en las que cualquier intento de exploración de la ciencia en su contexto social e histórico es tachado, en el mejor de los casos, de reduccionista⁵ y, en el peor, de carecer del más mínimo interés por afirmar que se enmarca en todo lo que al parecer tendría que haber desaparecido con la caída del muro de Berlín⁶.

Todas estas opiniones olvidan la necesidad de un continuo análisis de la realidad y, por tanto, de la ciencia como institución, como vía imprescindible para conocer mejor el mundo que nos rodea, tarea en la que hemos de jugar un papel esencial todos aquellos que nos enmarcamos en el llamado mundo de la cultura, sin olvidar que el ciudadano consciente no debería permanecer impasible ante los continuos conflictos que se producen entre los avances científicos y los intereses económicos que ponen de relieve, sin ninguna duda, el entramado económico que dirige y limita la investigación.

Por todo ello parece necesario seguir profundizando en el tema y ser capaces de situar críticamente las aportaciones que diversos estudiosos realizan, resaltando la vigencia y actualidad de este tipo de reflexión, aunque no sea "políticamente correcta".

-
- 3 En este marco deberíamos analizar las declaraciones de éxito del padre de la denominada Sociobiología Edward Wilson (*El País* 21-2-2000).
- 4 Para muchos de los interesados difusores de esta idea, por lo demás nada nueva, y, probablemente, nada inocente, se trataría especialmente de una crisis de paradigmas que resulta de la quiebra de los grandes discursos unificadores y de sus postulados e implicaciones metodológicas. La crisis de las Ciencias Sociales es más bien, en mi opinión, un producto del postmodernismo, es decir, un producto manufacturado por aquellos que piensan que la racionalidad modernizadora, hija de la Ilustración, ha agotado sus posibilidades y ha fracasado definitivamente, de modo que, por simpatía, declaran enterrado de antemano todo horizonte de transformación social basado en la razón, en el análisis racional del funcionamiento social, que, transformando ideología en epistemología, declaran inaprehensible.
- 5 Steven Weinberg (*El País* 9-2-2000) nos ofrece un ejemplo del científico empeñado en reducir al absurdo cualquier investigación sobre la influencia de la comunidad científica en la construcción de la ciencia.
- 6 Y sin embargo, hay que recordar de nuevo con I. Gómez Soto (1999, p. 144) que "los fenómenos culturales no se desenvuelven en una esfera o torre de marfil aislada de las circunstancias materiales de vida, de la organización económica o del sistema político porque, como actividades que son, se desarrollan en un tiempo histórico y se atienen a las necesidades, de toda índole, del ser humano que trata de comprender su mundo y que en esa curiosidad ancestral es capaz de concebir su interpretación personal".

Hoy podemos encontrar autores que abordan o se refieren a este tema de manera muy diferente, siendo reflejo de la persistencia de planteamientos ideológicos diversos. Un grupo de ellos recoge una tradición cuyo planteamiento esencial es la consideración de la construcción del conocimiento al margen de estructuras sociales. Se aborda la ciencia como algo en sí mismo y cuando se hace referencia a alguna variable que influye en ella es de manera accesoria, anecdótica, como elemento perturbador, sin plantear análisis o formular hipótesis que permitan una comprensión mayor del por qué de una determinada dirección en su desarrollo o su estancamiento, del por qué, por ejemplo, actualmente se afirma de manera concluyente la caducidad de las grandes teorías explicativas en las Ciencias Sociales y se pretende su sustitución por otras que terminan realizando la misma función que se denuesta en las anteriores, etc.

En otro lado estarían todos aquellos estudiosos que analizan el conocimiento y la ciencia como construcciones sociales determinadas social e históricamente y, por tanto, realizan sus investigaciones teniendo en cuenta la relación dinámica entre las estructuras sociales y la ciencia.

Bajo este prisma podemos estudiar las reflexiones que nos ofrecen tres obras cuyos autores son A. Escohotado, M. Vázquez Montalbán y R. Heilbroner y W. Milberg, que pueden ayudarnos a comprender la clasificación realizada con anterioridad.

En el primer grupo podríamos enmarcar a Antonio Escohotado (1999) con sus reflexiones sobre la crisis de los grandes paradigmas (identificados con el orden, el equilibrio y la uniformidad) y la aparición de nuevos elementos explicativos (el caos, que vendría a suponer pluralidad, cambio, inseguridad) con sus propias reglas de armonía y equilibrio.

Es curioso observar cómo un autor que se muestra especialmente crítico con la uti-

lización del lenguaje para enmascarar la falta de consistencia de los argumentos, posteriormente hace un análisis de la ciencia considerándola no como institución social sino como "un mito grandioso, hermoso, digno de venerarse como arte supremo donde se concreta una meta potencialmente común no ya para tales o cuales culturas, sino a nuestra especie" (p. 122). Esta concepción peculiar y confusa de la ciencia, que está presente en todo su libro, da por supuesta la falta de validez de la búsqueda de regularidades, de leyes explicativas de la realidad (olvidando que en su propia reflexión sobre el caos señala que tiene como característica un orden propio y un equilibrio nuevo, que no explica ya que ello indudablemente supone la búsqueda de esas regularidades que dice que hay que desechar).

Son evidentes las aportaciones que realiza este autor sobre la necesidad de abordar lo diverso, pero su análisis, atemporal, ahistórico y al margen de las estructuras sociales, le hacen olvidar que la discusión entre caos y orden, cambio y equilibrio no es totalmente nueva (tendríamos que partir de los filósofos clásicos y recoger todas las aportaciones de la sociología), pero, además, no refleja con claridad los nuevos matices que esta discusión tiene hoy, olvidando la explicación, aunque sea a modo de hipótesis, de las causas de la crisis de un paradigma y el supuesto éxito de otro.

Las limitaciones de su análisis se ponen también en evidencia cuando se refiere a la "institución académica" y su supuesta resistencia a aceptar el caos como nuevo elemento explicativo, resistencia que el autor da por demostrada⁷, si bien luego plantea la crítica al éxito de lo "trivial", olvidando que a ello se ha llegado por la difusión entre la comunidad científica de los planteamientos que cuestionan la necesidad de búsqueda de regularidades. Bastaría como ejemplo el éxito de la llamada "historia en migajas"

⁷ Un ejemplo del rigor con que deben hacerse afirmaciones de este tipo nos lo ofrece R.K. Merton (1973) en su excelente trabajo sobre la sociología de la ciencia.

(que en palabras de muchos historiadores es más bien las migajas de la historia)⁸.

Otro ejemplo que contradice su afirmación lo encontramos cuando Escotado desarrolla sus críticas a la tendencia a matematizarlo todo, olvidando que se produce en muchos casos en el nivel micro y no como instrumento para descubrir regularidades sino para alcanzar el status de ciencia (algunos estudios sociológicos y médicos son muy ilustrativos ya que ofrecen sus resultados en forma de porcentajes, de manera que sólo el lector muy cuidadoso termina por descubrir que se ha trabajado con un universo de estudio realmente insignificante).

Sus reflexiones sobre la ciencia y otros poderes presentan similares características a las señaladas, de forma que A. Escotado nos ofrece un ejemplo excelente para comprender las limitaciones del análisis de la producción de conocimiento sin tener en cuenta sus conexiones con los condicionantes estructurales, de modo que llega a unas conclusiones, quizás de gran interés, que no pueden tener más que categoría de hipótesis y que no permiten conocer mejor la evolución de la ciencia ya que, finalmente lo plantea como algo natural, que no sabemos por qué se produce, a menos que aceptemos que se debe al refinamiento de los métodos de análisis y que ello acontece "cuando las sociedades piden una reconciliación entre lo concreto y lo abstracto, inaugurando aspiraciones de autogobierno" (p. 83)⁹.

En una posición totalmente diferente encontraríamos a todos aquellos estudiosos que podríamos encuadrar en la corriente de pensamiento marxista, que analizan el conocimiento y la ciencia como construccio-

nes sociales, determinadas social e históricamente, en una relación no mecánica que es necesario investigar. En este grupo podríamos situar a Manuel Vázquez Montalbán (1998), que nos ofrece un excelente ejemplo de análisis sobre las características de los componentes superestructurales en relación con la sociedad y el tiempo histórico en que se producen.

Comienza su análisis por una realidad física: la ciudad, como un marco referencial, aprehensible para las diferentes manifestaciones artísticas y de manera más específica para la literatura. El discurso explicativo que desarrolla, y que comienza con la sociedad socialista, ofrece la riqueza y el rigor del investigador que busca respuestas para comprender la causalidad de los hechos sociales, cuáles son los elementos que nos permiten comprender como primer paso para no aceptar acríticamente, denunciando la falsedad que supone asumir que la lucha entre "lo nuevo" y "lo viejo" sólo puede tener como síntesis "lo inevitable". Es decir se trata de no renunciar a la capacidad de análisis y tampoco a la utopía —en el sentido utilizado por Karl Mannheim—. Desgrana el autor la pérdida de empuje crítico y creativo en la URSS, la evolución que se produce desde Plejanov, Lenin y Trotski y su práctica muerte iniciada con los planes quinquenales y Stalin, reflejando cómo "lo viejo" va adquiriendo relevancia a través de la progresiva importancia de personas cuyos atributos fundamentales no eran precisamente sus trayectorias revolucionarias.

La referencia a los poderes políticos y económicos, a la historia concreta de la sociedad y a las manifestaciones artísticas que se generan, es una constante en todo el li-

⁸ Es el hiperindividualismo postmoderno quien, al negar la posibilidad de conocer el pasado de forma científica, al refutar eso que en su día hicimos nuestro y que se puede resumir con la expresión de "pensar históricamente" los problemas sociales, inaugura una etapa de "ruptura" de la disciplina, un "desmigajamiento de la Historia" que, si se examina con detalle, es más una "expresión filosófica" que una realidad metodológica entre la comunidad profesional. Afirmación que se apoya en el hecho de que la mayoría de los novísimos paradigmas que desfilan ante nuestros ojos, como el del caos, pese a su aparente incidencia señalada por Escotado, son meras formulaciones que no han sido capaces de inspirar ya no un programa de investigación, sino un trabajo empírico consistente que nos pueda interesar.

⁹ Sin duda el entrecomillado serviría también como ejemplo para ilustrar la utilización del lenguaje que denuncia el autor.

bro, estableciendo una relación comprensiva, no de causalidad lineal, entre los diferentes elementos que constituyen el entramado social y en el que la ciencia, el conocimiento, se conforma como una realidad social, como un componente de un todo en el que el funcionamiento es una construcción dinámica, dialéctica.

Se detiene Vázquez Montalbán en estudiar la realidad de España partiendo del franquismo y su evolución, reflejando en cada momento las características sociales y el papel jugado por los diferentes elementos superestructurales. Especialmente interesante es la reflexión que realiza de la utilización del lenguaje¹⁰, la manipulación de la Historia (en un intento de borrar la memoria colectiva), el reflejo de los nuevos valores en la arquitectura, en la literatura, etc., todo ello presentado por el autor de una manera dinámica, de forma que se establece un entramado complejo entre las contradicciones de la propia sociedad y las respuestas que se van generando a la cultura imperante.

Se pone en evidencia el papel jugado por los medios de comunicación en la difusión de los nuevos elementos ideológicos, del postmodernismo y sus variantes. Valores como el nihilismo, egocentrismo, etc., adquieren especial relieve en la literatura, así como el rechazo a todo lo que suponga historicidad, consideración de los elementos sociales, presentándolo como un gran avance en la medida en que a través de ello nos equiparamos al resto de Europa.

Otro ejemplo del análisis del desarrollo de la ciencia y su relación con elementos estructurales nos lo ofrecen Robert Heilbroner

y William Milberg (1998) que sorprende por proceder de un campo como la economía que en los últimos tiempos no parece caracterizarse precisamente por su capacidad de reflexión sobre la realidad concreta¹¹.

Estos autores, centrándose en el mundo anglosajón, estudian la situación actual de la economía poniendo de relieve su progresivo empobrecimiento, en la medida en que ha ido alejándose de la realidad en una búsqueda de regularidades que le permitiesen el *status* de "ciencia dura", convirtiendo al individuo y al *ceteris paribus* en elementos imprescindibles del análisis. De esta forma, se ha ido produciendo un divorcio claro entre los postulados explicativos y la realidad económica de la sociedad específica, en un ejercicio cada vez más estéril de teorización.

Heilbroner y Milberg desarrollan su argumentación utilizando dos conceptos que nos permiten ubicarlos en el tipo de investigadores que estudian la ciencia como institución social. El primero de estos conceptos es el que denominan "visión", que hace referencia al mundo social en el que se produce la ciencia, concretamente la economía, y que comprende valores, jerarquía, etc. y que viene a ser el "escenario" que es preciso tener en cuenta para poder llegar a comprender determinadas direcciones de la investigación científica, su difusión e incluso sus posibilidades de silenciarse. El segundo de ellos es "la situación clásica" que sirve para denominar aquellos planteamientos científicos que se aceptan en un momento dado de manera universal, pero que es preciso considerar en su contexto social para poder comprender su *status* de nuevo paradigma.

¹⁰ Reflexión que no deja de parecernos clarividente al escuchar las declaraciones de Josep Piqué y de Pilar del Castillo sobre sus supuestos pasados marxistas y su evolución (¡lo llaman madurez!), cuando el autor afirma que los grupos detentadores de poder se apropiaron del llamado "lenguaje marxista" a través de sus hijos como uno de los elementos para asegurarse un control posterior de la realidad. Este nuevo lenguaje se mostró especialmente útil para imponer "lo inevitable" (¿otra vez la madurez?)

¹¹ Dice Leontief que las revistas especializadas de Economía están llenas de fórmulas matemáticas que conducen al lector desde supuestos más o menos plausibles; pero totalmente arbitrarios hasta conclusiones enfáticamente presentadas; pero teóricamente irrelevantes. Así es como más del 50% de los artículos publicados por la *American Economic Review* en los últimos veinte años son modelos matemáticos sin ningún dato. Ello ha llevado a los economistas, en palabras del autor citado, a inventar trucos metodológicos para evitar el uso de información concreta basada en hechos.

Desde esta perspectiva y utilizando las dos coordenadas señaladas analizan la llamada "situación clásica" Keynesiana desmenuzando tanto las razones científicas de su triunfo, su capacidad explicativa, sus aportaciones con respecto a teorías anteriores, como los condicionantes sociales que permitieron que fuese aceptada por la comunidad científica de manera generalizada (situación clásica). Es decir, realizan un análisis complejo y dinámico en el que desmenuzan la propia evolución de los conocimientos y su relación con el contexto social en que se producen. Poniendo de relieve la superación de aportaciones anteriores, centradas en el individuo, gracias a la consideración del grupo como agente económico, grupo con unas normas sociales no rígidas, no totalmente predecibles que introducen la "incertidumbre" como variable presente en todas las Ciencias Sociales. El elemento del "futuro incierto" es lo que posibilita y justifica la acción del Estado como elemento regulador de una situación que no funciona matemática ni mecánicamente.

Ponen estos autores de relieve las aportaciones de la teoría keynesiana en relación con su capacidad explicativa de la economía del mundo occidental, su progresiva aceptación hasta convertirse en situación clásica, pero sin olvidar "la visión", de forma que ésta junto a las propias limitaciones de las aportaciones de Keynes van creando un nuevo marco en el que progresivamente se van introduciendo otras corrientes de pensamiento (monetarismo, expectativa racional, economía poskeynesiana, etc.) que nos plantean una "crisis de la situación clásica" estudiada nuevamente a través de las consideraciones de la validez de la teoría y los elementos estructurales específicos, estableciendo que no debemos olvidar que "una teoría económica fuerte siempre se erige sobre visiones políticas fuertes o poderosas; y que la teoría conserva su fuerza sobre nuestros intelectos

mientras su visión subyacente siga movilizándose nuestras simpatías morales" (p. 69).

Finalmente, creo necesario hacer hincapié en la necesidad de seguir investigando sobre la ciencia como institución social, recogiendo los planteamientos realizados por R.K. Merton (1973) y el desarrollo y enriquecimiento de los mismos hecho posteriormente por diversos autores, construyendo una reflexión en la que la consideración de la evolución de los diferentes postulados científicos se enmarque en situaciones sociales concretas que abarquen desde las propias condiciones sociales en que se generan, hasta las características de la comunidad científica como primer instrumento sancionador. Ha de realizarse, por tanto, un estudio basado en investigaciones rigurosas sobre qué planteamientos adquieren el status de científicos, quiénes los producen y cómo alcanzan la sanción social. En definitiva estoy planteando la necesidad de profundizar en el avance de la denominada sociología de la ciencia, evitando discursos que ayudan poco a comprender el complejo mundo del conocimiento.

REFERENCIAS

- ESCOHOTADO, A. (1999). *Caos y Orden*. Madrid: Espasa.
- GÓMEZ SOTO, I. (1999). *Mito y realidad de la lectura. Los hábitos lectores en la España actual*. Madrid: Endymion.
- HEILBRONER, R. y MILBERG, W. (1998). *La crisis de visión en el pensamiento económico moderno*. Barcelona: Paidós.
- MERTON, R.K. (1973). *La sociología de la ciencia*. Madrid: Alianza, 2 vol.
- RUSHDIE, S. (1999). "Darwin en el punto de mira". En *El Mundo*. 14-9-1999 Madrid.
- SAMPEDRO, J. (2000). "El cartílago de tiburón no cura el cáncer." En *El País*. 11-4-2000. Madrid.
- VÁZQUEZ MONTALBÁN, M. (1998). *La literatura en la construcción de la ciudad democrática*. Barcelona: Crítica.